

BRUNA LA BRUJA

y el secreto de
la Encantada



Pasqual Alapont
Viv Campbell

TINTA
algar



Bruna no tenía una verruga en la nariz ni un sombrero con forma de cucurucho, pero era una bruja de los pies a la cabeza. Un día, mientras preparaba la clase de matemáticas, su maestra preguntó:

–Si una gallina pone seis huevos al día, ¿cuántos pondrá a la semana?

Y Bruna, que no conocía la respuesta, pensó:

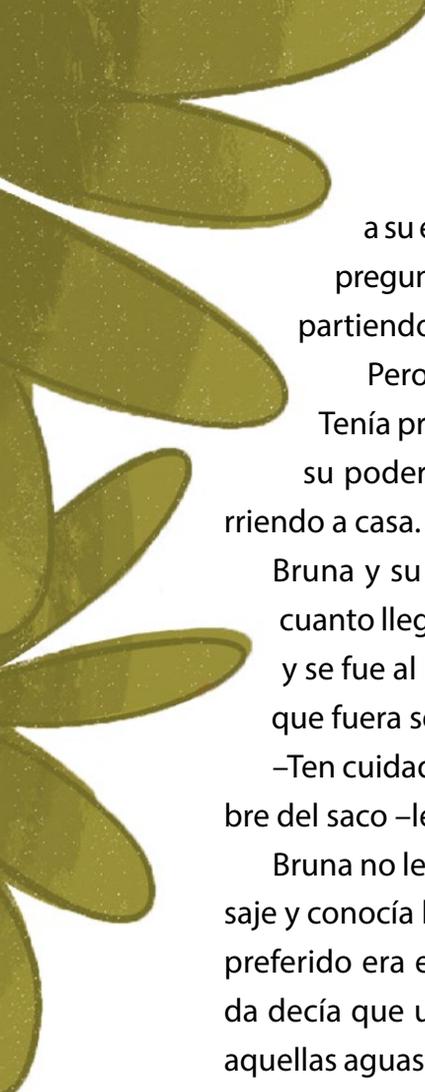
«¡Ojalá te convirtieras tú en una gallina!».

Y entonces, como si fuera un encantamiento, la maestra comenzó a aletear corriendo de aquí para allá sin parar de cacarear.

Todo el mundo en clase estalló en risas, pero Bruna temblaba como una hoja.

«Tengo poderes sobrenaturales. Podría hacer que la maestra se pusiera a dar vueltas como una peonza o que se transformara en un botijo».

La pobre se asustó tanto de su poder que deseó que se rompiera el hechizo. Entonces, la maestra volvió



a su estado natural y continuó como si nada, preguntando por el asunto de los huevos y repartiéndole calabazas a diestro y siniestro.

Pero a Bruna no le preocupaban los cerros. Tenía prisa por ver qué era capaz de hacer con su poder y, cuando sonó el timbre, se fue corriendo a casa.

Bruna y su madre vivían al otro lado del río. En cuanto llegó de la escuela, la niña dejó la mochila y se fue al bosque. A su madre no le hacía gracia que fuera sola.

–Ten cuidado, no vayas a encontrarte con el hombre del saco –le dijo.

Bruna no le hizo caso. Había crecido en aquel paisaje y conocía los caminos mejor que nadie. Su lugar preferido era el lago del hada Encantada. La leyenda decía que una serpiente tenía su madriguera en aquellas aguas y que, si te miraba a los ojos, te podías transformar en un sapo. Pero Bruna no tenía miedo. Encantada era un hada del agua y le había enseñado que tenía un don especial para la magia y que con él podría conseguir todo lo que deseara.

Al llegar al lago, Bruna se sentó al lado de la fuente y esperó impacientemente hasta que oyó el burbujeo del agua. Unos segundos después, Encantada le preguntó:



–¿Qué te ocurre, Bruna?

La niña le contó lo que le había ocurrido en clase:

–Soy una bruja. Creo que podría convertir a la maestra en una morcilla.

Encantada se rio.

–¿Eso querrías?

Bruna pensó un momento. Los compañeros se habían divertido, pero la maestra no se lo había pasado tan bien haciendo de gallina. ¿Era eso lo que pretendía Bruna?

–Creo que me gustaría volar –dijo.

Encantada esperó unos segundos antes de responder.

–No es fácil ser una buena bruja, Bruna. Ten cuidado con lo que deseas, porque, en lugar de volar como un hada, podrías transformarte en una mosca, y las moscas son muy pesadas.

Entonces cesó el burbujeo del agua y Encantada se sumergió en la profundidad del lago.

Cada día, Bruna hacía prácticas de magia. A media tarde, cuando acababa la escuela, se adentraba en el bosque con una escoba de paja y pronunciaba los



conjuros que se le pasaban por la cabeza. Pero, por más que lo intentaba, la escoba no se alzaba ni un palmo. Probó con una rama, con una fregona e incluso con una aspiradora, pero todo fue en vano. A lo mejor es que no tenía maña para ser una bruja.

Un día, mientras caminaba por el bosque, se encontró con un hombrecillo y los dos se espantaron. El enanito, que no medía más de dos palmos, se ocultó tras un árbol y olisqueó el aire.

–¿Quién eres? –preguntó desconfiado.

Bruna dio un paso atrás, preparada para escapar corriendo si el otro hacía cualquier gesto de atacarla.

–Soy una niña. ¿Y tú quién eres? ¿El hombre del saco?

El enanito soltó una carcajada nerviosa.

–¿El hombre del saco? ¡Ja! ¿Acaso ves que lleve un saco? Cierto es que podría llevarlo escondido en un bolsillo del pantalón, pero eso sería un pérfido engaño.

–No sé lo que es un pérfido engaño –lo interrumpió Bruna.

–¡Pues sí que estamos bien! –El hombrecillo parecía confundido–. *Engaño* quiere decir ‘engaño’ y

‘pérfido’ es realmente una palabra difícil. En verdad no sé qué quiere decir.

–Tiene que estar en mi diccionario. La buscaré cuando llegue a casa.

–Lo que tendrías que hacer es devolverla. No tendrías que ir robando palabras que no son tuyas.

Bruna iba a explicarse, pero el otro le tomó la delantera:

–Mis amigos me conocen por el nombre de Falso, aunque la gente como tú me llama duende.

El enanito sacó la cabeza de donde estaba escondido. Iba vestido con ropa de color champiñón, tenía el cabello encrespado sobre una cabeza con forma de calabaza, los ojos saltones, la nariz puntiaguda y las orejas como pámpanos.

–Y tú, cosa inmundada, ¿qué haces por aquí? ¿Cuántas verrugas tienes?

–Yo no tengo verrugas –respondió Bruna–, y no soy una cosa. Soy una niña.

–Habría jurado que eras una bruja. ¿Cómo, si no, podrías haber volado hasta arriba del árbol?

Sin darse cuenta, Bruna había trepado a las ramas más altas de una encina, a más de diez metros. ¿Cómo



había llegado hasta allí? Lo debía de haber deseado, claro. Eso quería decir que sí era una bruja. Buscó al duende con la mirada, pero este había desaparecido. Por un momento dudó si lo había soñado, pero no podía entretenerse. Tenía que pensar en cómo haría para bajar.

Encantada le había dicho que podía conseguir todos sus deseos, solo tenía que quererlo con todas sus fuerzas, y Bruna deseó ser una gata tan ágil que pudiera subir y bajar de los árboles.

—¡Ruska petruska!

Y se transformó en una gata, sí. ¡¡¡En una gata!!! No es que tuviera la agilidad de un felino, sino que se había convertido de repente en una gata de pelaje gris y con una cola grande y lustrosa. Bruna dijo: «Ay, madre mía», pero, en lugar de palabras, le salió un maullido.

Además, la ropa le quedaba tan ancha que se le cayó al suelo. «No nos pongamos nerviosas», se dijo en su nuevo hablar de gata, y comenzó a bajar con precaución. Luego, se dio cuenta de que sus patas eran seguras y de que se podía desplazar a toda velocidad.

«No pensaba que fuera tan agradable ser una gata», pensó, hasta que descubrió a un zorro que la

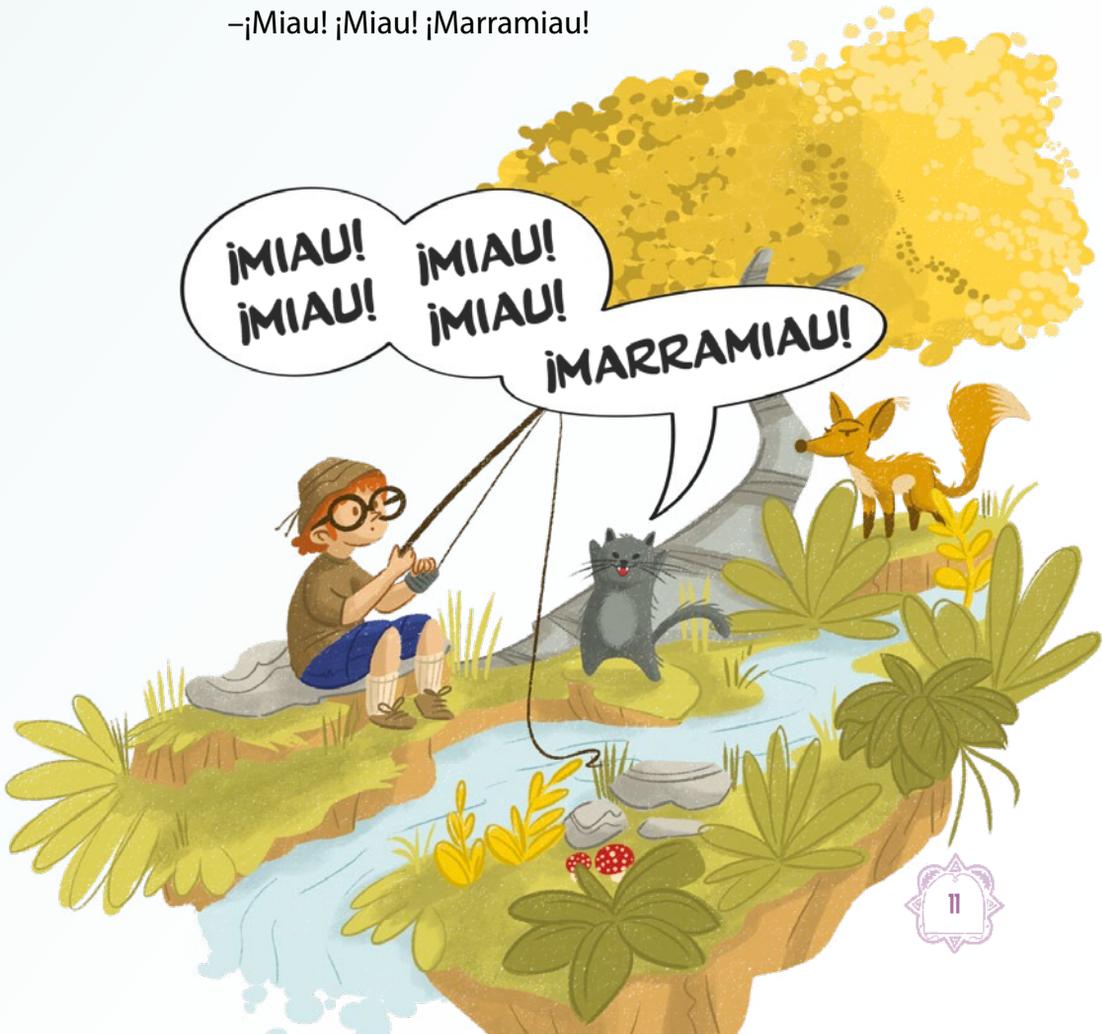
esperaba al pie del árbol y que tenía la intención de convertirla en su cena.

Entonces, aunque Bruna corría tanto como podía, el zorro la perseguía y, al llegar al río, casi la alcanzó. En la orilla había un niño de unos diez años pescando con una caña. Bruna lo conocía muy bien. Era Miguel, de su clase, y gritó su nombre:

–¡Miau! ¡Miau!

Y después le pidió auxilio:

–¡Miau! ¡Miau! ¡Marramiau!



Pero como si nada, porque Miguel no movió ni media ceja y Bruna tuvo que lanzarse al río.

Bruna sabía nadar, aunque Bruna-gata a duras penas flotaba en el agua. Podía intentar convertirse de nuevo en una niña, pero se había dejado la ropa al pie del árbol y no quería salir desnuda del agua. Cuando Miguel se dio cuenta del peligro que corría la gata, se descalzó y en cuatro zancadas llegó adonde estaba el animal y lo libró de una muerte segura.

En un pispás estaban en la orilla sanos y salvos. Miguel soltó a la gata, la cual, en cuanto se sintió libre, huyó deprisa y corriendo.

A salvo de cualquier mirada, y ya junto a su ropa, a Bruna no le costó nada desear con todas sus fuerzas convertirse de nuevo en una niña.

Encantada tenía razón: debía tener cuidado con los deseos.

Unos días después, al acabar las clases de la tarde, Bruna se hizo la contradiza con Miguel y le susurró:

–Eres muy valiente.

–¿Yo? ¿Por qué?

–El otro día me salvaste la vida.



Miguel se quedó de piedra. ¿Qué quería decir Bruna? ¿Valiente? ¿Él? ¿Salvarle la vida?

–No sé de qué me hablas.

Bruna sonrió.

–El otro día, cuando el zorro me estaba persiguiendo, me agarraste con mucha delicadeza y me sacaste del río. Me habría ahogado si no me hubieras rescatado.

Miguel se quedó blanco como la cera y Bruna soltó una carcajada.

El chico reaccionó. ¡Ah, ahora lo entendía! Su compañera seguramente había presenciado el salvamento de la gata y le estaba gastando una broma.

–Mira que eres graciosa. Podrías ser payasa y trabajar en un circo.

–¿No te lo crees? –Bruna puso cara de malas pulgas–. Ahora mismo me puedo transformar en gata si quiero –dijo.

–Sí, claro, y yo me puedo transformar en ratón –se burló Miguel–. Abracadabra, pata de cabra, ¡uhhh!

–¿Que no? Ahora verás.

Entonces, Bruna alzó las manos, desplegó los dedos como si fueran garras y exclamó:

–¡Brusca pedrusca!

Visto y no visto, algunas chispas de fuego saltaron alrededor y la niña se transformó en... ¡nada!

